

“Los poetas somos muy vanidosos.”

por Margarita García López

Así expresa alguien que los conoce profundamente. Como que su abuelo fue Enrique González Martínez, su padre Enrique González y él es ¡un poeta!: Enrique González Rojo. Y afirma: A los jóvenes les llega la poesía erótica, irónica y política.

EL ANTIGUO RELATO DEL PRINCIPIO, por Enrique González Rojo. Diógenes. 240 Págs. \$45.

Nacido en la ciudad de México en 1928, Enrique González Rojo pertenece a una familia de poetas: su abuelo, Enrique González Martínez y su padre Enrique González Rojo del grupo Contemporáneos. En 1953 publicó EGR su primer libro de poemas, *Dimensión imaginaria*. Su obra más reciente es *El antiguo relato del principio*. Es profesor de filosofía. En todos sus libros es evidente la inteligencia, la ironía con que este poeta intenta "deletrear el infinito".

—Me interesa mucho tu infancia y adolescencia entre poetas, ¿de qué manera te marcó esta vida entre literatos?

—Hasta los diez años, viví con mi padre —más bien con mi madre—; pero a partir de la muerte de mi padre en 1939 viví con mi abuelo. Estuve viviendo con él hasta los 22 años. El ambiente familiar influyó de una manera muy poderosa en mis gustos, en mis inquietudes, sobre todo por las conversaciones con mi abuelo. Mi abuelo me platicaba de su vida literaria y de la de mi padre en el grupo Contemporáneos. Todo esto me interesaba mucho. Desde niño leía poesía, no solamente de mi familia, sino también la de otros poetas mexicanos y españoles.

—Y el haberte formado tan cerca del modernismo, te hizo irte del otro lado?

—Hay algo semejante en la actitud que tuvo mi padre y la mía, porque en una primera etapa los dos empezaremos imitando, no a mi abuelo, sino más bien, como tú decías, al modernismo.

El primer libro de mi padre se llama *El puerto y otros poemas* y son, como los primeros que yo publiqué, muy cercanos al modernismo y a la reacción que contra esta corriente representa mi abuelo. Después de esta primera vinculación con la poesía de mi abuelo, los dos sentimos la necesidad de diferenciarnos tajantemente. Mi padre en su segundo libro, *Espacio*, ofrece una vena lírica muy distinta a la de mi abuelo. A él no le costó tanto trabajo como a mí. Entre mis primeros poemas el libro donde existe una diferenciación radical, pasaron muchos años. Publiqué mis primeros versos a los 17 años y escribo desde los 10 años de edad.

—¿Tu sentido del humor, la ironía estaban ya en tus primeros libros?

—En mis primeras obras se deja sentir influencia no solamente de González Martínez, sino también de Tablada, quien me gustaba mucho en aquella época. Ahora tengo una actitud crítica respecto a Tablada, pero hay poemas breves, sintéticos desde mi primer libro, especie de haikais, donde se deja sentir la ironía que caracteriza mis poemas posteriores. Es una ironía un poco amarga.

—Para deletrear el infinito y el antiguo relato del principio son cercanos en tema, en intención, en la misma manera de perseguir el infinito?

—Más que cercanos, son lo mismo. Cuando terminé de escribir *Para deletrear el infinito*, que me llevó diez años, de pronto me quedé sin tema, porque allí había tratado todos los temas: el de la comunicación con la naturaleza, el del mundo animal, el de la vida individual del hombre y la dimensión colectiva del mismo, los problemas filosóficos, los sociales. Cuando adquirí

conciencia de que ya no tenía tema poético, intenté escribir cuentos, novelas, un boceto de teatro, pero advertí que no era auténtico nada de lo que estaba haciendo. Entonces se me ocurrió que yo tenía sólo un poema. Tenía que seguir escribiendo enteramente el mismo poema. Como digo en el prólogo de *El antiguo relato del principio*, me he propuesto de nuevo escribir *Para deletrear el infinito*: cada uno de sus capítulos se me está convirtiendo en un nuevo libro. Sí, claro que con el mismo tema pero con un tratamiento distinto.

—¿Tu poesía está muy cerca de la filosofía? Es raro en México.

—Para mí, la poesía tiene amores y amoríos con todas las otras disciplinas y actividades humanas: con la filosofía, con la ciencia, con las costumbres, con la política, con la ideología. No se puede reducir de ninguna manera la poesía a la filosofía, pero sí, hay vínculos muy interesantes que no se han destacado en la poesía en México, a menos en el siglo XX, salvo *Muerte sin fin*. La poesía filosófica no ha sido abordada de manera muy continua en México.

—De Sor Juana se da el brinco hasta Muerte sin fin, ¿no?

—Sí, que yo sepa. No sé si has advertido, sobre todo en *Para deletrear el infinito* que tematizó a la filosofía. Tengo unos pequeños poemas a los que llamo neuronerías que son haikais intelectuales creados a partir de las neuronas, poemas satíricos en donde hago una pequeña historia de la filosofía, que comienza con los griegos y termina con el Círculo de Viena: "Más vale Heráclito en mano que Parménides volando", así comienza y termina con una ironización del círculo vicioso de Viena. Sí, esto sí es nuevo. Es uno de los aspectos nuevos que presenta mi poesía.

—Eduardo Lizalde y tú alguna vez intentaron crear un nuevo estilo, una corriente que se llamaba el poeticismo...

La creamos Eduardo, Marco Antonio Montes de Oca y yo. ¿Quieres que te hable de esa antigualla? Te decía que tanto mi padre y yo nos vimos en la necesidad de diferenciarnos de mi abuelo. Es un problema muy serio cuando un escritor de la misma

línea creativa se desarrolla a la sombra de una persona que tiene nombre. Es lo que en alguna ocasión he llamado "el complejo de los hijos de Bach". Habría que escribir un artículo sobre este problema. Bach tiene hijos a grandes músicos. Si no hubieran sido hijos suyos, probablemente se hablaría de ellos, estarían al nivel de Haydn, y sin embargo están bajo la sombra del padre de la música. Las personas que están bajo la cobertura de un gran nombre o prestigio, necesitan autoafirmarse. Pues bien, mi autoafirmación se dio precisamente a través del poeticismo. En el momento en que empezamos a escribir en esa corriente, nos diferenciamos de mi abuelo y de su poesía. El poeticismo, con algunas diferencias, es un coletazo del vanguardismo.

— ¿Qué pretendían, aparte de alejarse de Enrique González Martínez?

—El poeticismo estaba dividido en dos partes: una teórica y otra práctica. En la teoría sosteníamos tres principios: la necesidad de una obra compleja, original y clara. Complejidad, originalidad y claridad debían ser los tres principios fundamentales que debían normar la producción poética. De una manera más concreta, planteábamos el hecho de que la poesía tenía diferentes estratos formales: el más externo, más epidérmico, pues es la forma o la técnica de la versificación, de la rima, del ritmo, etc. Pero sosteníamos que además de este estrato muy externo había uno interno, generalmente desconocido, que se refería a una técnica metafórica. Con eso atentábamos en contra de la inspiración. Pensábamos que en una medida muy importante había muchos secretos poéticos que no eran iguales, sino que había técnicas de creación. Hicimos una investigación con detenimiento de cómo se realizaba esta técnica metafórica y que aparecía en todos los grandes poetas. Encontramos metáforas y procedimientos que se repetían constantemente en Góngora, en Quevedo, en la poesía francesa, en la española, en la Generación del 98, en los poetas contemporáneos. Lo único que se modificaba era el contenido. Sobre esto hay mucho que decir porque Eduardo y yo escribimos libros de varios centenares de páginas que nunca se publicaron. Marco

Antonio no escribía teoría, nada más practicaba.

— ¿Alguna vez te has sentido muy divino o te sientes bastante humano? Ben Johnson dijo que los poetas, aunque humanos, son divinos...

—Más bien me siento precario, ja, ja, ja. La precariedad, la conciencia de la finitud es lo que me ha llevado a la concepción de mi libro. Solamente se puede deletrear el infinito cuando se es muy consciente de la finitud de uno.

— ¿Por qué se vende mucho *El declamador sin maestro* y por qué algunas obras de poetas son totalmente desconocidas? ¿Te gustaría aparecer en antologías populares como esa?

—Pues, no lo he pensado, porque he tenido dificultades en la publicación de libros de mil ejemplares.

(Continúa en la página 12)

“Novedades”, Febrero 9, 1975.